

LIBRO DÉCIMOTERCIO

I

La entrada de Mahomet II en Andrinópolis despues de la conquista de Constantinopla, recuerda los triunfos de los Césares en Roma. Una muchedumbre de senadores, de grandes oficiales del palacio de Constantino, de mujeres y de hijos de las familias augustas del imperio bizantino, seguian á pié en el polvo, al caballo del conquistador. Entre este número, y aunque vestida de luto y con los ojos anegados en llanto por la suerte de su esposo y de su hijo, se veia

á la princesa, mujer del gran duque Notaras, ajusticiado con sus hijos por conspirador, despues de haber sido perdonado. Esta viuda murió de su dolor y su vergüenza pocos dias despues del triunfo á que contribuyó con su presencia. Mahomet que como ya hemos visto, la honró en Constantinopla por su virtud y sus talentos, no la hizo responsable de las culpas de su marido, y como para protestar contra su propia crueldad que acababa de hacerla sufrir tan duramente la ley del vencedor, la mandó enterrar con la pompa cristiana de su religion, y la elevó un mausoleo.

Muy cerca del triunfo estuvo la venganza. El gran visir Khalil, cuarto visir de la familia de Tschendereli, causa de las dos caidas de Mahomet, objeto de un resentimiento secreto en el alma del sultan, y acusado de estar en relaciones con los cristianos ántes y despues del sitio de Constantinopla, cumplió por fin, acaso sin buena voluntad, la promesa que habia hecho á su amo de ponerle en posesion de la capital de los cristianos. Los visires, sus subordinados y las tropas, para hacer recaer sobre un tercero la lentitud y malos resultados de los primeros asaltos, le habian acusado á menudo de que se hallaba de acuerdo con Constantino para salvar la ciudad y concluir una paz, cuyo precio le habrian pagado los griegos secre-

tamente. En la conducta de Khalil no se traslucia nada que pudiera autorizar semejantes rumores y acusaciones. Constantinopla habia sucumbido. Khalil habia dirigido con celeridad y misterio los inmensos preparativos de la campaña, como que no podia borrar sus culpas de otro reinado en el espíritu de su amo, sino mediante un triunfo cuyo mérito se le pudiera atribuir justamente. Este triunfo pues, Mahomet le habia alcanzado, y habia sido tan rápido como completo; la fecha de su gobierno de visir se hallaba ya ligada en adelante, en la memoria de los otomanos, con la victoria mas grande del imperio, y solo la envidia ó la ingratitud podrian perjudicarlo. Es de suponer que por la grandeza del servicio se midió su premio. Apénas habia acompañado al sultan vencedor hasta el palacio de Andrinópolis, cuando Mahomet le mandó llamar y le reconvino por su supuesta connivencia con Constantino y Notaras, de quienes habia recibido regalos, le dijo el sultan, para amortiguar el ardor de los otomanos en la conquista de aquel resto de imperio. Otro dia el sultan pasando á caballo por delante del corral de un campesino donde habia un zorro que daba vueltas en vano para romper su cadena, Mahomet dijo al zorro delante del gran visir, como en forma de amarga burla: « Pobre loco, no estarias aquí si te

« hubieras dirigido á Khalil para comprar tu libertad. »

Khalil bien advertido por estos indicios del peligro que amenazaba á su cabeza, fingió que estaba cansado de los negocios, y se dispuso á la peregrinacion de la Meca, para santificar su vejez, como él decia, mas en realidad para dar tiempo á que se amortiguara la envidia, y que pasara la tormenta. Pero tardó demasiado segun sus enemigos en llevar adelante su idea. Mahomet II que á nadie queria deber sino á sí mismo, á los ojos de los otomanos, la conquista de la primera ciudad de Oriente, aconsejado por los enemigos de Khalil en el divan, y por sus propios resentimientos, mandó que al salir del consejo pusieran preso al visir en la cárcel de Andrinópolis, y al cabo de cuarenta dias de angustias y de vanas súplicas al sultan, los verdugos entraron en su calabozo, y dejándole apénas el tiempo suficiente para que rezara su última oracion, le cortaron la cabeza. Este grande hombre, demasiado fiel á Amurat II y despues demasiado fiel á su hijo, sufrió la pena de sus servicios demasiados grandes con la resignacion de un sabio.

« Arrojad mi cabeza á los piés del sultan, dijo á los chiaux; no puedo darle ya otra cosa mas grande. »

La cabeza de Khalil estuvo expuesta por la ma-

ñana á las puertas del serrallo. Los ciento veinte mil ducados de oro que componían su inmensa fortuna, pasaron de su tesoro al de Mahomet II. El suplicio del inocente Khalil fué el primero que abrió la larga série de grandes visires decapitados que mancha los anales del imperio; hombres demasiado grandes para súbditos, que el pueblo y el soberano se arrojan alternativamente en expiacion, el pueblo porque les odia, y el príncipe porque los teme.

II

Un servio, Mahmud-baja, hijo de una griega, que no tenia una gota de sangre turca en las venas, fué nombrado para visir, en reemplazo de Khalil. Mahmud, robado en su infancia por los turcos en Selymbria, habia sido educado, como Scander-Beg, entre los pages, y se habia hecho querer de Mahomet II por su inteligencia y su fidelidad en el manejo del tesoro imperial.

El año que siguió á la toma de Constantinopla solo se señaló en Andrinópolis por las vicisitudes de los visires, y por las expediciones de Turakhan, el gene-

ral de Mahomet que fué á la Grecia y al Epiro, para completar la extincion del imperio bizantino en esas provincias con la sumision de los hermanos ó de los parientes de los Paleólogos. Los embajadores de las potencias cristianas de Italia y del Danubio, aterrados por la fuerza del golpe que habia hundido á Constantinopla, se presentaron sucesivamente á rendir homenaje á Mahomet II. Una rápida expedicion en la Servia, dirigida por el sultan en persona en la primavera del año siguiente (1455), le dió la opulenta ciudad de Noyomonte, cuyas minas de plata ingresaron en adelante en el tesoro.

Despues de haber entregado el ejército á sus capitanes, Mahomet para acostumbrar á sus súbditos al próximo cambio de capital, pasó con su córte á Constantinopla, donde inauguró el nuevo serrallo con las fiestas y voluptuosidades del haren, en donde habia reunido á las mas bellas odaliscas griegas reservadas para el recreo de su vista. Todo se sometia ante su poder en la Servia, en Grecia, en Macedonia, en las orillas del Euxino, en Asia y en el archipiélago. Hasta la órden religiosa de San Juan de Jerusalem le enviaba caballeros, disimulando bajo el nombre de dones voluntarios, los tributos que la órden pagaba al sultan por la posesion de algunas de sus islas. Pero semejante independenciam, aunque de nom-

bre, no le convenia ya al conquistador, que acababa de derrocar un imperio y no podia tolerar la rivalidad de un monasterio de guerreros contra la omnipotencia de un pueblo. Al cabo de varias negociaciones vanas y acaloradas entre los visires y el gran maestre de la órden para convertir los dones en tributo, Mahomet ofendido con aquella insolencia, reunió de todos los puertos del Euxino, del mar de Mármara, de la Grecia y del Asia, la flota dispersa de Constantinopla para sitiar á Rodas, donde el orgullo de los caballeros desafiaba á sus armas. Hamza, capitan-bajá armó y cargó de tropas y de cañones trescientas galeras, buques y embarcaciones de todas formas, para llevar á Rodas la ley de su soberano.

Hamza paseó vanamente sus trescientas velas delante de las islas y delante de Rodas, y se volvió al cabo de dos meses de navegacion sin llevarle al sultan otra cosa que palabras y tratados ambiguos, en los cuales se reconocia y contestaba á la vez la soberanía de los turcos.

« Si no hubieras sido amigo de mi padre, dijo con dureza el sultan á su almirante, te mandaria deollar vivo. »

Un hermoso jóven, griego de nacimiento, favorito del serrallo de Mahomet, llamado Yunis, recibió el título de capitan-bajá. Yunis surcando la mar y las

radas del Archipiélago, se limitó á enviar al sultan una jóven griega de una belleza incomparable tomada contra los tratados á bordo de un buque de Mitilena. Doria, noble genovés que poseia en soberanía una de aquellas islas, paralizó el efecto de las armas de Yunis, enviando su hija única como un presente á Mahomet. La ira y la ambicion de este príncipe cedian solo ante esos despojos vivos con que adornaba sus harenes.

III

Los demás despojos del Archipiélago los empleaba en adornar su nueva capital. Mahomet II mandó construir en Constantinopla la célebre mezquita de Abu-Aiub, sobre la tumba del huésped del profeta que habia ido á morir en otro tiempo en el sitio de Bizancio, como mártir del islam. En esa mezquita consagrada despues á la coronacion de los emperadores, se ciñen los sultanes el sable, cetro de los conquistadores cuando suben al trono.

Al mismo tiempo mandó construir otras once mezquitas en la ciudad para el servicio del culto de su

pueblo, y entre ellas la mas memorable es la *Mezquita de la conquista*, que lleva tambien el nombre de *Mezquita de Mahomet II*. Una azotea nivelada sobre la colina culminante de Constantinopla, entre el mar de Mármara y el Cuerno de Oro, sirve de pedestal á ese admirable monumento de la arquitectura otomana. Las cúpulas de plomo, que brillan como las olas del mar al sol, descansan en columnas de granito color de rosa de Egipto, y de mármol corintio.

El edificio está rodeado de un vasto átrio cuadrado, cubierto tambien con cuatro cúpulas de plomo; al rededor hay divanes de mármol pulimentado para servir de asiento á los creyentes; hermosas fuentes refrescan aquel lugar delicioso, donde los cipreses proyectan su sombra inmóvil, y por último se ve grabado en caracteres de oro aquel pasaje del Coran donde el profeta anunciaba la conquista de la capital del Oriente al dogma apenas nacido del Dios único, en una tienda de la Arabia: « Tomarán á Constantinopla, y bienaventurado el príncipe, bienaventurado el ejército que la conquiste. »

Ocho colegios ó escuelas de altos estudios de teología y de jurisprudencia, de filosofía, de historia y de poesía, rodearon la mezquita. Sobre las salas donde se dan las lecciones públicas, se elevan innumerables

celdillas gratuitas para los estudiantes y los profesores. Un *imaret* ó cocina perpétua para los pobres, donde los estudiantes y los indigentes hallan el alimento del cuerpo dos veces por día, una casa de locos, un hospital, una posada para los viajeros sin abrigo, una biblioteca pública, una cisterna comun para los hombres y los animales, baños calientes para el pueblo, y en fin, un cementerio sembrado de cipreses para descanso eterno de los creyentes, completan el grupo de edificios comprendidos en el recinto de la *Mezquita del Conquistador*. La civilización que concebía semejantes monumentos, el arte que los adornaba, la caridad que los consagraba á la religion, á la inteligencia, á las miserias del pueblo, parecían rivalizar con los monumentos y las instituciones del Vaticano.

Durante aquellos años tranquilos del reinado de Mahomet II, la sultana Aiche, su hija favorita, y la sultana Sitti, una de sus esposas, hija del príncipe caramanio Sulkadar, mandaban elevar por sí aquellos templos con el oro que el sultan las prodigaba. La obra de la administracion del imperio principiada por Amurat II y por los cuatro visires muertos de la familia Tchendereli, se organizaba bajo el triple principio religioso, patriarcal y militar, base de la constitucion otomana.

El gobierno tomaba el nombre de *Puerta Otomana* por analogía con la puerta de la tienda donde se trataban en el desierto los asuntos de las tribus, y añadieron el nombre de *Sublime Puerta*, aludiendo á la majestad del ejército que guardaba la entrada del palacio, como ántes habia guardado la entrada de la tienda del gefe de tribu. El visir manda las tropas que custodian el umbral del soberano. Una segunda *puerta* del palacio, llamada *Puerta de las Felicidades*, conduce al aposento de las mujeres ó á los harenes. En memoria tambien de las cuatro columnas que sostenian en otro tiempo la tienda de los turcomanos, se dividieron en cuatro las clases de los funcionarios del Estado, y estas cuatro columnas del gobierno se llamaron los *visires*, los *cadis-kers*, los *desterdars* y los *nischandjis*. El ceremonial y etiqueta de la córte de los sultanes se ordenaron en gerarquías mas severas. Los esclavos no pudieron sentarse ya mas á la mesa del sultan. Levantóse para el soberano un trono que ocupaba en las fiestas públicas, y los grandes desfilaban por delante de él y le besaban la mano.

Una ley sanguinaria, fundada como todos los crímenes del Estado, en una supuesta necesidad de salvacion pública, erigió el fratricidio en derecho dinástico que podian ejercer los sultanes entronizados. « La

« mayoría de los lejistas, dice el preámbulo de la ley
 « de sangre de Mahomet II, ha declarado que todos
 « mis hijos ó nietos que suban al trono, podrán ha-
 « cer morir á sus hermanos para asegurar el reposo
 « del mundo. En consecuencia de esta declaracion,
 « deberán conformarse con la presente ley mis hijos
 « y mis nietos. »

De este modo, el trono colocaba al sultan reinante fuera de la humanidad; la vida en sus hijos era un crimen. El principio de la autoridad pedía en alta voz víctimas humanas, y designaba estas víctimas en su propia sangre. Entre dos hermanos salidos de las mismas entrañas y que se querían hoy, mañana el uno de ellos, fatal y legalmente se hacia víctima, y el otro mas fatalmente aun, se hacia verdugo. Jamás la política se puso con una audacia mas atroz en contradiccion con la naturaleza. Los otomanos para justificar esa legislacion del asesinato y del fratricidio, alegaban el asesinato de los cincuenta hermanos de Ochus, hijos de Artaxerxes y de Fraatre IV, otro soberano de los Arsacidas, que mató á su hijo primogénito para asegurar la paz de su reinado.

Mahomet extendió su prevision sanguinaria á todos los hijos de las sultanas que nacieran en el serrallo ó en casa de sus maridos, y se prohibió que ataran el ombligo á los niños varones, temiendo que un dia

pretendieran al trono en virtud de la sangre imperial que corria por sus venas. Esta ley del asesinato practicada hasta nuestros dias, se hizo estensiva por analogía á los niños varones de las sobrinas y de las nietas del sultan.

El profeta habia hallado en la Arabia el uso contrario de ahogar á las hembras al nacer, por demasiado inútiles ú onerosas en la tienda; pero abolió este uso por las maldiciones del Coran. La interpretacion de los lejistas turcos le restablecia aplicándole á los varones únicamente en la familia de sus soberanos.

IV

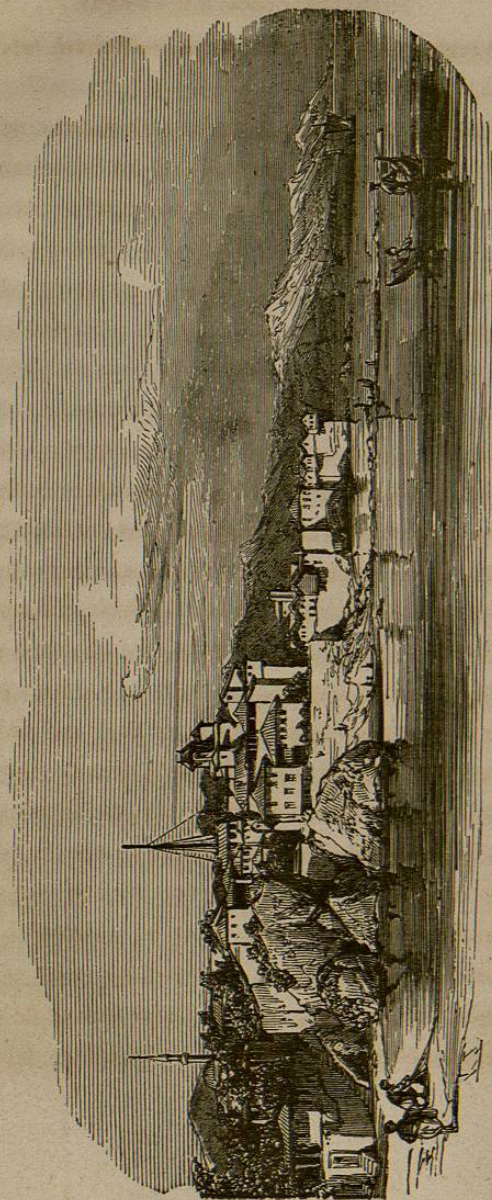
Mahomet II á ejemplo de sus predecesores habia presidido hasta entónces el divan ó consejo de los visires, ante el cual todos los otomanos podian llevar sus pretensiones. Un dia, un turcomano de Asia, que habia ido á Constantinopla para que le hicieran justicia, entró con los vestidos cubiertos de polvo en el divan, y dirigiéndose con una familiaridad gro-

sera á los visires, les preguntó : « ¿Quién de vosotros « es el sultan ? »

Indignado con aquella insolencia el gran visir Mahmud-bajá, hizo presente á Mahomet el peligro que habia en dejar profanar de aquel modo la majestad del carácter imperial. Mahomet desde aquel dia, cesó de asistir al divan, que fué presidido despues por el gran visir. Cuatro veces por semana, este primer funcionario del imperio se dirigia al serrallo seguido de los demás visires ; los ministros y los funcionarios inferiores que llegaban ántes que él al salon del divan, le esperaban formados en dos filas, con los brazos cruzados sobre el pecho, y las manos ocultas en sus anchas mangas. El gran visir, despues de haber recibido y devuelto el saludo, atravesaba por en medio de ellos, y se sentaba en el divan mas rico que marcaba su puesto. Una numerosa comitiva de sumilleros, chiaux, guardias interiores, y ejecutores de las órdenes y de los suplicios, acrecentó la majestad terrible del divan.

Los jueces de ejército ó *cadiaskers* asistian tambien y se sentaban en primera fila detrás de los visires ; ellos administraban la justicia y nombraban los jueces secundarios.

Despues venian los *defterdars*, ó los que llevaban



TREBISONDA.

T. III, p. 304.

los registros, que eran los administradores superiores del imperio.

Los *nischandjis*, ó secretarios de Estado, se hallaban encargados de estampar la cifra del sultan sobre los actos emanados del divan imperial.

V

Un crecido número de agas militares ó civiles, á cuya cabeza figuraba el aga de los genizaros, se repartian los mandos interiores y exteriores del palacio. Los unos mandaban la caballería, y los otros la infantería y la artillería de los dos ejércitos de Europa y Asia. El kapa-aga ó aga de la Sublime Puerta, era un eunuco blanco, que tenia bajo sus órdenes á otros cuarenta eunucos blancos encargados de la tutela de los pages del serrallo. El gefe de estos eunucos blancos acompañaba por todas partes al sultan, le presentaba el turbante, estendia á sus piés la alfombra para la oración sobre el pavimento de la mezquita, lamiendo ántes repetidas veces el lugar donde iba á desplegarla para cerciorarse de que el suelo no estaba envenenado; tenia la llave del tesoro

particular del sultan, ponía los manjares sobre la mesa, y él solo hacia los sorbetes y los dulces, que probaba, así como los vinos y el agua destinados al emperador.

Los gefes de la primera sala de pajes, educados en el interior del serrallo, vestían y desnudaban al sultan, y cuatro agas se repartían también los servicios de honor del príncipe reinante; el uno era sumiller mayor ó *khassoda-baschi*; el otro *silihdar-aga*, ó el que lleva el sable; el tercero *tschokadar-aga*, ó el encargado de guardar la ropa del soberano, y el cuarto, *rikiabdar-aga*, ó el que tenía el estribo. Con aquella nube de pajes, vivían y se alimentaban una porción de mudos, enanos, cantores, músicos y bufones, puerilidades, juguetes, histriones ó recreo de su corte. Los pajes, de donde luego salían funcionarios y oficiales, recibían lecciones de los primeros profesores de ciencias y artes de la capital. Su serrallo particular, construido en los primeros patios del serrallo del sultan, era una especie de escuela civil y militar privilegiada, sostenida con un lujo imperial.

VI

Los begs y los beglerbegs gobernaban las provincias, y se hallaban encargados de recaudar para el sultan, de los poseedores de feudos ó sandjaks, los impuestos de hombres ó de dinero que debían pagar como feudatarios en la guerra ó en la paz. Solo el reclutamiento de aquellos sandjaks suministraba cien mil ginetes al imperio. Los impuestos ordinarios se elevaban á una renta de dos millones de ducados de oro.

También fué en tiempo de Mahomet II cuando se organizó el cuerpo de los ulemas ó legistas, en virtud de tradiciones y costumbres más precisas. Según la legislación teocrática, contenida en un solo libro sagrado aclarado con muchos comentarios, los ulemas son los intérpretes absolutos de la ley. La oración pertenece á los imanes ó al clero, y el espíritu civil de la religión aplicado á las costumbres, pertenece á los ulemas. Esta atribución mixta, que les mezcla á la vez en la teología y en la política, les da una inmensa superioridad sobre el clero puramente

sacerdotal de las mezquitas. Son á un tiempo el cuerpo encargado de la enseñanza, del que dependen todos los estudiantes tan numerosos entre los mahometanos y los judíos, los jurisconsultos, los letrados, los profesores, los comentadores, los casuistas, los intérpretes del testo y de las tradiciones, los sábios auténticos, los examinadores del imperio; por último forman un cuerpo que tiene en el mufti su cabeza, y en las diferentes categorías de los ulemas sus miembros distintos, independientes y á veces superiores en autoridad moral, al mismo gobierno. Contrapeso del despotismo absoluto de los sultanes y de los visires, ejercen á veces ellos tambien el despotismo de la opinion, que es el mas absoluto é incorregible de todos los despotismos.

VII

Mahomet II despues de haber visto acabados aquellos monumentos, aquellas magnificencias, aquellas gerarquías é instituciones, cayó de nuevo sobre la Grecia, que se hallaba repartida aun entre los dos hermanos del desgraciado Constantino, Demetrio y

Tomás Paleólogo que la destrozaban disputándosela. Su gran almirante Yunis-bajá continuaba sacando contribuciones de las islas. Solo de la isla de Lesbos, esa flor del Archipiélago, donde la naturaleza humana es tan fecunda como la vegetacion, sacó cien jóvenes vírgenes y cien niños de una admirable belleza para los palacios de Mahomet II.

Doria despues de haber obtenido su gracia del sultan por el donativo y la intercesion de su propia hija, degolló en Chio á los turcos que le habian dejado para recibir el tributo. Esta perfidia encendió el furor de Mahomet, que iba ya á embarcarse en persona sobre su flota para exterminar las islas y la Morea, cuando Huniade aletargado hacia tiempo, y aun su cómplice como hemos visto en el sitio de Constantinopla, le llamó sobre el Danubio.

Las potencias cristianas, levantándose en fin á la voz de su nuevo pontífice el papa Calisto III, formaban demasiado tarde una postrer cruzada para vengar á Varna y Constantinopla. Huniade, viejo ya, pero ansiando merecer el trono de Hungría para su hijo, fue elegido para campeón de aquella cruzada contra los turcos por Calisto III y por los estados confederados de la Italia y de la Alemania.

La Francia cansada de caballería, la Inglaterra rebelde al papa, y la Alemania ocupada con sus pro-

pias anarquías, se habian negado á coaligarse con la república de Génova, de Venecia y de Ragusa, y con la Polonia y la Hungría ora aliadas, ora enemigas de los turcos por razon de intereses fronterizos, de comercio y de marina, donde la religion servia de pretexto á la avaricia. El mismo Scander-Beg lisonjeado por Mahomet y que disfrutaba de una tregua tácita con este príncipe, se ocupaba solo en consolidar un poderío en la Albania, temiendo á los venecianos y á los húngaros tanto como á los turcos.

Huniade nombrado generalísimo de aquella débil confederacion, la hizo mas grande con su valor. Heroe de los húngaros á pesar de sus reveses, no pensaba mas que en dejar á su pais una memoria soberana que pudiese coronar su casa despues de su muerte. Huniade eligió la inexpugnable ciudad de Belgrado á la entrada de la Servia para que sirviera de puesto avanzado á la confederacion, y allí dirigió veinte mil húngaros, polacos, transilvanios é italianos confederados para apoderarse de aquella llave de la Turquía y para defenderla contra Mahomet II, mientras él reunia en Pesth, capital de los húngaros, el ejército de expedicion que en breve debia á sus órdenes atravesar el Danubio.

Fiel á sus hábitos de siempre, cubria sus preparativos belicosos con el disimulo, las falsas apariencias

de paz, el misterio y las palabras engañosas. Los espías que Mahomet con su política vigilante, tenia apostados en las márgenes del Danubio, no le dejaron duda alguna sobre los designios de Huniade. El sultán llegó á saber que habian pasado ya el rio veinte mil soldados, y que las fortificaciones y los armamentos de Belgrado anunciaban un plan de campaña cuya base estaba en aquella ciudad. En vista de esto, resolvió prevenir á Huniade, y acabar en Belgrado con la cabeza de su confederacion ántes de que pudiera organizar y poner en movimiento á todos sus miembros, y con este fin llamando de Asia, de Galípoli, de Constantinopla y de Tesalónica á los destacamentos de su ejército que se movian ya para la campaña de la Grecia, marchó con ciento cincuenta mil hombres sobre Belgrado, por el valle de Filippópolis, por Sofia y Nissa.

Su flota, compuesta de trescientos buques ligeros propios para subir la corriente de los rios, recibió la orden de salir del Cuerno de Oro, donde su almirante Yunis la tenia anclada entonces, de entrar en el mar Negro, de seguir por él las costas hasta Varna, y de venir por el Danubio á bloquear á los húngaros por agua mientras él por tierra les daba el asalto.

La prontitud del sultán trastornó á Huniade. Mahomet II estableció su campamento á los dos lados de

las dos cordilleras de colinas que forman un camino tortuoso para la entrada de la ciudad por el lado de Servia; cubrió el valle que hay en medio con sus tiendas, y elevó contra las salidas de los sitiados fortificaciones de tierra defendidas con su artillería de sitio. Su flota subiendo el Danubio, pasó el mismo día bajo el cañon de la plaza, se desplegó fuera del alcance de las balas, en el ancho espacio formado por la confluencia del Save, y echando el ancla de una orilla á la otra sobre cinco buques de profundidad, estableció una cadena inexpugnable para las barcas de los húngaros que intentasen abastecer á la ciudad sitiada.

Sorprendido Huniade con la celeridad é inminencia del peligro, no abandonó á sus propias fuerzas á los defensores de Belgrado; si no podia salvarlos, resolvió á lo ménos sucumbir con ellos. Con este fin, corrió acompañado por un corto número de ginetes de Pesth á la orilla izquierda del Danubio, se arrojó en los pantanos que cubren las hondonadas del rio hácia la ciudad húngara de Sembri y confiando su seguridad á una balsa de juncos construida por unos pescadores, atravesó el rio en una noche oscura y entró como fugitivo en la ciudad que queria salvar; su presencia valia un ejército para los húngaros.

VIII

Despues de haber medido rápidamente los peligros de Belgrado, volvió á salir en breve empleando el mismo subterfugio para dar prisa á los socorros que los húngaros y los transilvanios le preparaban. A su voz doscientas barcas que estaban ya medio construidas sobre el alto Danubio para llevar una parte del ejército confederado á Varna, recibieron á bordo quince mil infantes y una artillería ligera. Huniade no quiso confiar á nadie la gloria de mandarlos, y embarcándose tambien, envió á sus generales á Belgrado un mensaje secreto ordenándolos que atacaran á la flota turca por la orilla, en tanto que él la abordaria sobre el rio; despues levantó el ancla, y doblando por la rapidez de la corriente, por el impulso del viento y de los remos, el peso de sus buques cargados de armas, rompió con sus proas forradas de hierro la cadena de los buques turcos inútilmente estendida delante de la ciudad.

Entonces el ejército impotente de Mahomet pudo ver una pelea confusa de buques haciendo fuego,